

EL GOBIERNO.

MADRID 27 DE AGOSTO DE 1873.

BALANCE.

Mientras el Sr. Castelar empuña la trompa épica y con un lirismo, cuando ménos inoportuno, canta las glorias futuras del federalismo, ya que por prudencia omite sus actuales desahucios y sus extravíos pretéritos: mientras cambiando los tiempos y las circunstancias, se ha perdido ministerial tan optimista, que se cree transportado á la época del general no importa, sin apercibirse de que por el contrario tenemos contra nosotros, y así lo dicen nuestros enemigos y los hechos lo demuestran, al general República federalista, que ha indisciplinado y desmoralizado el ejército y la armada, entregado nuestros cañones á los carlistas, y dejado que estos penetren cada día en una población importante: mientras en pleno Bajo Imperio, se reúne una mayoría, que debería ser seria y formal y sensata y patriótica, para discutir durante dos horas, no ya sobre la constatación ó cualquiera otra cuestión teológica, sino sobre si las altas preudas del Sr. Jimenez Mena son de mejor ley que las recomendables dotes del señor Martín de Oñas, y acerca del árduo, complicado y trascendental problema de si debe correrse la escala en los vicepresidentes ó los nueve elegidos han de ocupar el puesto de aquellos á quienes sustituyen: mientras la política flota indecisa á merced de las opuestas voluntades y los contrarios criterios y las antagónicas tendencias que laten en el ministerio, sin que la fuerza legítima del poder legislativo incline la balanza, en uno ú otro sentido, arrojando su voluntad en uno de los platillos: mientras esto sucede, los carlistas crecen como la espuma, obteniendo triunfos indudables y dando pruebas evidentes de su superioridad, material ó moral, numérica ó disciplinaria, pues no cumple por ahora á nuestro propósito discutir este punto.

Ha llegado el caso para las tropas liberales, nuevo en los fastos del carlismo desde el año 1834 hasta nuestros días, de que ellos sean los agresores y nosotros los que estamos á la defensiva; que ellos recluten los mozos útiles; ellos los que cobren las contribuciones; ellos los que ataquen y tomen plazas; bloqueen unas y las amenacen todas, sin que podamos ir en socorro de ninguna.

El bloqueo de Bilbao se va estrechando paulatinamente; nuestros batallones están encerrados en la población, de la que no pueden salir sin grave riesgo de un desastre; y esta situación subsiste hace dos meses, sin que durante esos sesenta días mortales hayan ido en su socorro nuestras tropas.

En San Sebastián hay una alarma justificada producida por la escasez de defensores y el aumento de las partidas facciosas, de las que con razón temen un golpe de mano, y tampoco se ha podido mandar refuerzos á la plaza, ni tropas que alejen de allí á los partidarios de don Carlos.

Estella se defiende heroicamente contra los carlistas, y ni Santa Pau desde Zaragoza, ni Sanchez Bregua desde Bilbao, llegan á tiempo de socorrerla. El triunfo de Dicastillo se parece bastante á una desgracia, y no por impericia del jefe ni cobardía de la tropa, sino por inferioridad numérica de nuestras fuerzas y ventajas en la posición de los contrarios.

Y si del Norte volvemos la vista al Este, nos encontramos con que en Cataluña Savatós ó Miret, Tristany, Gucaia ó cualquiera de los cabecillas que allí pululan, quema pueblos ó estaciones, secuestra ó fusila liberales, cobra los impuestos, interrumpe la circulación de los trenes, incendia las cosechas y comete todo género de fechorías sin que nadie les vaya á la mano porque son más en número, y si no más valientes, están mejor disciplinados que nuestros soldados.

La insurrección, circunscrita hasta ahora á Cataluña y las Provincias Vascongadas, se presenta amenazadora en Valencia y alarmante en el resto de España.

Esto sin perjuicio de la rebelión cantonalista, dueña todavía de una plaza fuerte, y de los mejores buques de nuestra escuadra que, sin medios eficaces para combatirla, no se sabe cuándo ni cómo terminará.

Lo hemos dicho muchas veces; contra los carlistas se necesita ejército disciplinado, artillería dirigida por oficiales científicos, y sobre todo un Gobierno fuerte y enérgico; y no se moraliza el ejército dejando impunes las faltas de subordinación, ni se concluye con los intransigentes contemporizando con ellos, ni la artillería puede ser eficaz dirigida por oficiales de filas que carecen hasta de los conocimientos más rudimentarios de los varios ramos de instrucción que constituyen un buen artillero.

Si en circunstancias ordinarias y normales, un Gobierno, cualquiera que sea, necesita apoyarse en la opinión y contar con la aquiescencia de los demás partidos, ¿cuánto más necesaria no será en el actual estado del país, presa de las dos demagogías roja y negra, sin dinero y sin crédito, sin tropas ó poco ménos! La república fué á su advenimiento tan afortunada, que de los monárquicos de la víspera, unos la proclamaron, otros se adhirieron á ella y los demás se colocaron en actitud benevolente, suspendiendo las hostilidades y exigiendo solo, en cambio de su benevolencia, un poco de orden.

Siempre que un ministerio cualquiera ha prometido justicia y reparación dentro de la ley, la preta de todos matices ha hecho una tregua en sus agresiones, cuando no ha prestado al poder un apoyo decidido. Este es un hecho. Si el Gobierno quiere concluir con los carlistas ¿por qué no moraliza el ejército aplicando la Ordenanza? ¿por qué no reorganiza el cuerpo de Artillería anteponiendo la patria á una insignificantísima personalidad?

Si desea sofocar la insurrección cantonal evitando que refohe la cabeza de la hidra ¿por qué deja impunes á los intransigentes de Sevilla, de Cádiz, de Valencia y Málaga?

Si pretende satisfacer á la opinión pública garantizando la vida y la hacienda de los ciudadanos, ¿por qué no castiga á los asesinos de Montilla y á los incendiarios de Alcoy?

Con una política firme y enérgica las clases conservadoras estarían á su lado, y sin ellas el Gobierno es impotente para vencer á los carlistas, para acabar con los rojos, para restaurar el crédito, para inspirar confianza á la Europa, por la sencilla razón de que un partido no es sino una mínima parte de España, y son necesarias todas las fuerzas vivas de esta para conjurar los graves peligros que nos cercan.

COMUNICADO.

Queda complacido el general de artillería de la Armada Sr. Rivera, al publicar en nuestras columnas la carta que nos ha dirigido, y á la verdad, que aun cuando asevera que quiere también coadyuvar á la defensa de la Marina, no vemos en su escrito lo que debiera corroborar la sincera intención con que tomara la pluma. Pero si bien reconocemos esa sinceridad, no dejaremos pasar desapercibidos ciertos conceptos sin contestarlos con toda la mesura que hoy sea posible. Pase lo de la exageración de que nos acusa el Sr. Rivera al relatar nosotros los hechos que concretos nos comunicaron, de algunos jefes y oficiales que con su actitud, contribuyeron eficazmente á excitar el espíritu para decidir la defensa del arsenal. Los hechos tales como aparecen en nuestro artículo, los tomamos de descripciones de diferentes testigos presenciales, que nos merecen el concepto de verídicos y desinteresados. Pero si en ellos ha cabido exageración, ella ni quita ni añade nada al principal objeto de nuestros artículos, que no ha sido otro, sino el de esclarecer la irresponsabilidad de los cuerpos de la Armada en los actos á que el señor ministro del ramo atribuyó en un documento oficial en el que ascendía á vicealmirante al Sr. Arias, la manilla que había recaído hasta cierto punto en el honor de la Marina nacional.

Y tanto más, la exageración, si efectivamente la ha habido, nada añade ni quita al espíritu de nuestros artículos, dedicados á la defensa, no de personalidades, sino de todos los cuerpos de la Armada, cuando no obstante ella, el señor Rivera acepta en tal sentido todo lo que se relaciona con el indicado artículo.

Nadie podrá negar al Sr. Rivera el derecho perfecto é incontestable, de que rinda el mismo homenaje de aplauso, y se lo rinda además á sí propio, como lo hace por su actitud á otros muchos generales, jefes y oficiales, en circunstancias que reconoce más difíciles, clasificando también los servicios de aun más meritorios, por ser contra las sugerencias, halagos, etc., exponiendo sus vidas á las asechanzas de un traidor por espacio de muchos días y muchas noches, antes de romper el fuego.

Pero si al Sr. Rivera le parece muy pertinente rendir este público homenaje de aplausos por hechos anteriores al acto concreto de los esfuerzos que decidieron la defensa del arsenal de la Carraca, á nosotros no nos pareció, ni nos parece hoy tampoco, por razones dadas, que debemos callar, y cuyo silencio seguiremos guardando, á ménos que no se nos obligue á romperlo. El Sr. Rivera debió tener presente lo que manifestamos en el artículo de referencia. «Nos hemos abstenido, dijimos, con deliberado propósito de referirnos á ciertos incidentes respecto del departamento de Cádiz que concluyeron con el escandaloso y vandálico ataque al arsenal de la Carraca, para comprender que no queríamos narrar hechos anteriores, y que á este propósito obedeció nuestra forma de empezar la relación, también someramente, con igual propósito, desde el 19 de Julio.

¿Cuál ha sido, pues el objeto del Sr. Rivera con su artículo, puesto que con nuestro silencio, si bien quedaban sus meritorios servicios sin traspirar al público por medio de la prensa, eran conocidos de todos modos por la Marina en el departamento, y en nada se atacaba á su buen nombre, al buen nombre que le reconocemos, ni á los jefes y oficiales á quienes alude? ¿Le han impulsado sentimientos generosos porque calculó el alcance de nuestro silencio? Desengáñese entonces el Sr. Rivera; el demasiado celo, en ciertos casos, daña más que favorece. Y aquí llega la oportunidad de rogarle, para que no se nos tache de ligeros, que aclare el sentido, el concepto y la intención de sus frases, «sin descender á la mezquindad de las pasiones»; ¿nos atribuye ó no esa mezquindad? La respuesta trazará nuestra conducta. Esperamos de su hidalguía que sea satisfactoria. Las mismas consideraciones que nos impusieron el silencio á que hemos aludido, nos imponen hoy, á ménos que se nos provoque de nuevo, á entrar de lleno en la afirmación del Sr. Rivera, de que en los momentos que el ánimo estuvo abatido, sepase que estuvo abatido el de todos, absolutamente todos.» A esta afirmación solo contestaremos nosotros con la nuestra: En esos momentos no estuvo abatido el ánimo de todos, todos, absolutamente todos.

Entre estas dos afirmaciones, solo los cuerpos de la Armada en el departamento pueden atestiguar cuál es la más exacta; y por su posición oficial, más directamente los Sres. Don Eduardo Montojo y D. Pascual Cervera. Convenimos con el Sr. Rivera, que es muy cierto y aceptable todo cuanto dijimos sobre la actitud que deben tener los que mandan para conservar su prestigio. Pero en lo que disintimos profundamente es que «sea sin duda lo más fácil, lo más cómodo,» porque lo más levantado es lo más difícil, lo más incómodo, y si no fuese así no habría la virtud que clasifica de levantado el espíritu que guía nuestra conducta; y tanto es así, que el Sr. Rivera exclama á renglón seguido: «¿Dónde está ese prestigio, quién puede crearlo, quién puede mantenerlo al través de tanta perturbación, en medio de un desbordamiento general? ¿Quién contra su torrente, entre la presión de arriba y la de abajo no se ha visto obligado á aceptar populacheras?»

¿Gracias á que con tino, talento y fortuna ha podido eludir las salvando la dignidad de su destino y posición!

Apáudase, pues, en buen hora á todos los que con su actitud han contribuido á sostener el principio del orden, el honor de su uniforme, y más que todo, la salvación de la patria; pero apláudase con justicia sin olvidarse de nombres propios al enaltecer el de otros que se citan, porque omisiones semejantes nunca son discutibles; y por sí, como creo, el autor ó inspirador del artículo de que me ocupo, no estaba bien enterado ó la memoria le fué infiel, me permitiré indicar á V. que fueron muchos los servicios prestados, incomparable el espíritu de todos y abundantes los rasgos de abnegación y

Otra vez nos vemos obligados á callar acerca de este punto.

En cuanto á las preguntas que le preceden, las contestaciones se desprenden naturalmente.

En estos tiempos, Sr. Rivera, es que es desgraciadamente cierto sucede cuanto V. expresa, es cuando más necesita la autoridad superior sostener, á toda costa, ese prestigio, sin esperar lo de nadie más que de sí mismo. En estos tiempos, es cuando se debe adquirir el verdadero mérito de lo más levantado, aunque no sea ni lo más fácil ni lo más cómodo. Más de una autoridad, Sr. Rivera, ha mantenido ese prestigio en semejantes circunstancias, y no ha aceptado populacheras.

¡Excesivo celo el de Sr. Rivera! Ya sabemos que se había reproducido hasta cierto punto, la actitud de Guzman el Bueno. Pero también tenemos noticias de como se reprodujo, por eso callamos; nos limitamos ahora á esta indicación, solo para que el mérito, que no le negamos, quede en su verdadero punto. Y punto damos también nosotros, pasando por alto otros extremos á que se contrae el Sr. Rivera, por no extendernos demasiado. Créanos el Sr. Rivera, renunciemos á polémicas que no pueden producir los mejores resultados en estas circunstancias. Ojalá que se abriese el juicio contradictorio á que alude el Sr. Rivera; y si no el juicio contradictorio á que se alude, un juicio de verdadera residencia que justificase el ascenso de la primera autoridad del departamento. Así se ratificaría con mucho gusto nuestro, si resultara merecido.

Pero no lo hará este Gobierno, como no lo hace ningún gobierno que teme pueda aparecer su parte de responsabilidad en la pérdida de prestigio de las autoridades. Como no lo hará por la misma razón en los sucesos de Cartagena, pues á esto equivale no formar las correspondientes causas al comandante general del arsenal de este departamento, al coronel del tercer regimiento de infantería de Marina y á los comandantes de los buques, en fin, que allí se encontraban.

Hé aquí el comunicado del Sr. Rivera: Señor director de EL GOBIERNO. SAN FERNANDO 24 de Agosto de 1873.

Muy señor mío: En el periódico que V. dirige, número 222, correspondiente al lunes 18 del actual, he leído el artículo titulado «Defensa de la Marina» en donde, con referencia á los sucesos que han tenido lugar en el arsenal de la Carraca, se hace un merecido elogio de algunos jefes y oficiales que con su actitud contribuyeron eficazmente á levantar el espíritu de las guarniciones y tripulaciones, que constituían la fuerza efectiva reunida dentro del arsenal pocas horas antes de romperse el fuego. Testigo presencial de estos sucesos, y amante ante todo de la verdad, habiéndome personalmente oído á alguno de los elegidos antes de ponerme á escribir á V. esta carta, me apresuro con gusto á unir mi voz en aplauso de los mismos jefes y oficiales, pero debiendo manifestar á V. que se refieren los hechos, en el citado artículo, en términos tales, con tanta exageración, que no los conocen los mismos que los llevaron á cabo.

Aceptando, no obstante, cuanto en el indicado artículo se relaciona en defensa de la Marina, á mí que quiero también coadyuvar á esta defensa, me será permitido el que rinda el mismo homenaje de aplauso por su actitud á otros muchos generales, jefes y oficiales, que en circunstancias más difíciles, no solo levantaron el espíritu de las tropas, sino que lo mantuvieron levantado por espacio de muchos días con plausible patriotismo, con verdadero amor por el cuerpo en que sirven, tanto como aquellos, y lo que es aun más meritorio, contra las sugerencias, halagos, ofertas y maquinaciones, de los eternos enemigos del orden, exponiendo sus vidas á las asechanzas de un traidor, por espacio de muchos días y muchas noches, cuando aun estaba lejos el momento ansiado y salvador de romperse el fuego. Ansiado y salvador digo, porque desde aquel instante ya no era fácil la traición, ya todos éramos unos, ya habian terminado las vacilaciones, ya, en fin, se habian deslindado los campos. Seamos, pues, justos, señor director, y rindamos este tributo de nuestra gratitud á aquellos y á estos, sin descender á la mezquindad de las pasiones y reconociendo el mérito contraído por todos, prestando brillantes servicios en la ocasión y momento en que cada uno pudo hacerlos, no bajo el impulso de su vanidad personal, sino bajo el recto juicio del cumplimiento del deber, del santo amor por la patria, por la causa del orden y por el honor y brillo de los cuerpos de la Armada, á quienes defendemos al hacer la defensa de la Marina.

Seré muy claro para confirmar en todos los períodos, en todas las palabras de esta carta el fondo de verdad que la inspira: es cierto que por poderosos motivos, por circunstancias que no son de este lugar ni deben nunca decirse, se sintió el espíritu abatido en algunos momentos; cruzó por la frente la idea de una retirada en los buques, abandonando el Arsenal, idea en aquellas circunstancias mil veces peor que la muerte. A todos afectó del mismo modo, todos la resistimos, todos procuramos medios para conjurarla; pero en los momentos que el ánimo estuvo abatido, sepase que estuvo abatido el de todos, todos, absolutamente todos los que nos encontramos dentro del Arsenal. Considerémos el tamaño de las causas que produjeron semejante desaliento; y no se crea que se tenía el momento de romper las hostilidades, porque el fuego se había ya roto la noche del sábado 19 y la mañana del domingo, con decidido ánimo y firme propósito de resistir al enemigo en el cuartel de San Carlos, donde el combate necesariamente hubiera sido más personal.

Se habla en el artículo de que me tengo ocupando de la actitud que deben tener los que mandan para conservar su prestigio, de lo inconveniente de las populacheras, etc., etc.

Todo cuanto se aconseja es muy cierto, todo aceptable: esto es sin duda lo más fácil, lo más cómodo, lo más levantado; pero en los tiempos que atravesamos, señor director, ¿dónde está ese prestigio, quién puede crearlo, quién puede mantenerlo al través de tanta perturbación, en medio de un desbordamiento general? ¿Quién, contra su torrente, entre la presión de arriba y la de abajo no se ha visto obligado á aceptar populacheras?

¿Gracias á que con tino, talento y fortuna ha podido eludir las salvando la dignidad de su destino y posición!

Apláudase, pues, en buen hora á todos los que con su actitud han contribuido á sostener el principio del orden, el honor de su uniforme, y más que todo, la salvación de la patria; pero apláudase con justicia sin olvidarse de nombres propios al enaltecer el de otros que se citan, porque omisiones semejantes nunca son discutibles; y por sí, como creo, el autor ó inspirador del artículo de que me ocupo, no estaba bien enterado ó la memoria le fué infiel, me permitiré indicar á V. que fueron muchos los servicios prestados, incomparable el espíritu de todos y abundantes los rasgos de abnegación y

valor, estando comprometidas las familias y los intereses de la mayor parte, hasta el extremo que en momentos muy supremos se reprodujo la actitud de Guzman el Bueno, y téngase en cuenta, la diferencia entre aquellos y estos tiempos, y que no eran moros los que atacaban el arsenal de la Carraca, si los separatistas de Cádiz y San Fernando.

Por lo que respecta á mi persona, agradezco sinceramente el honor que se me dispensa al citar mi nombre, recomendando mi comportamiento durante la defensa de la Carraca. Ni puedo ni debo levantar ni deprimir mis humildes servicios, ni siquiera ocuparme de ellos, pero si manifestar, que los sucesos en el arsenal de la Carraca tuvieron un antes muy espeso desde el 4 hasta el 20 de Julio en la población de San Carlos, y un después semejante desde el 2 al 5 de Agosto en San Fernando y Cádiz. Y si con recto criterio y sana razón se hubieran de abrir juicios contradictorios para aquilatar el mérito de cada uno, no sería para mí los 13 días en la Carraca los que mis amigos presentarían en primer término. Lo entiendo así á ménos sin atreverme á juzgar en causa propia.

En conjunto, si los servicios generales prestados en el departamento desde el 4 de Julio al 5 del actual, en apoyo del orden, en obediencia al Gobierno de Madrid, sin color, carácter ni idea alguna política, en honor y bien de la patria, del ejército y de la Marina, se comparan colectiva é individualmente con recientes hechos y situaciones de triste y funesto recuerdo, y si al propio tiempo se traen á la memoria los episodios reservados (que todos sabemos), en anteriores sucesos ya de mar, ya de tierra, en todos se encontrarán rasgos y momentos de abnegación y arrojo, sin que pueda temerse que á los de actualidad en este departamento les cupiese el peor galardón, y en todos, también, algo que censurar, pero censurar en el seno de la familia, donde por conocerlos todos íntimamente, nadie puede escapar del anatema que encierra el célebre dicho de que: No hay hombre grande para su ayuda de cámara.

Concluyo, señor director, pidiéndole su indulgencia y suplicándole se sirva dar cabida á esta carta en las columnas de su apreciable periódico, advirtiéndole que la remito en copia con igual objeto al señor director del periódico La Política, de que soy antiguo suscriptor. Aprovechando esta ocasión para ofrecerme, su atento servidor Q. S. M. B.

JOSÉ RIVERA.

INSURRECCION CARLISTA.

La Gaceta publica hoy las siguientes noticias:

«El gobernador civil de Pamplona dió ayer telegráficamente desde Tafalla los siguientes detalles sobre los sucesos de Estella:

«La defensa del fuerte de Estella ha sido una pequeña epopeya. Los sitiadores se batieron empleando las minas y muchos medios de destrucción. Los defensores salieron ilesos, con todos los honores de la guerra, y ayer, á las siete de la tarde, entraron en Pamplona victoreando á la república. Dedicó á atenderles el día de hoy con el presidente y fiscal de la Audiencia, presidente de la diputación, alcalde de Pamplona, comandante de voluntarios y presidente del comité; doy á Sanz y sus oficiales un modesto banquete, y un socorro á los soldados. Ayer, nueva y reñida acción en las cercanías de Allo.»

Los restos de la partida Villalain, se dirigen á la sierra de Molina.

En los pueblos de Ampuero y Colindres se ha presentado una partida carlista que ha cortado el telegrafo entre Santoña y Laredo.

La facción Merendon ha tenido tres muertos y 14 prisioneros, de ellos cuatro heridos. Por nuestra parte dos heridos y cinco caballos muertos.

El alcalde de Liria (Valencia), participa la entrada en dicha población de una partida carlista, fuerte de 200 hombres, al mando del cabecilla Santos.

Viajeros llegados de Navarra nos han dicho que anteaer pasó Lizárraga á la carrera, con 3.200 hombres, por Puente la Reina, para reforzar á los carlistas que han rendido á Estella.

Esto es posible que constituya una grave complicación para el general Santa Pau. Así es que nos parece lógica la ansiedad por recibir noticias.

Dicho general se propone desembarazarse de los 40 heridos que tiene su columna, municionarse y atacar á las facciones si pretenden caer sobre Tafalla.

Ayer se presentó al comandante militar de Santander, procedente de Francia y solicitando indulto, el coronel graduado teniente coronel D. Ricardo Busquet, jefe de la escolta de caballería del cuartel general de D. Carlos.

El comandante Sr. Ordoñez, que servía en el ejército y se pasó á la facción, manda los 300 caballos de la partida de Pérula.

Parece que en Madrid existe un centro carlista que trabaja activamente en proporcionar recursos á la facción, y es activamente persuasivo.

Unos 500 carlistas al mando de Huesca y Rico, se establecieron el día 24 en el castillo de Yecla, y despues de hacer algunos disparos y conferenciar con el alcalde, se llevaron 8.000 duros.

Los carlistas de Valencia han pagado también su contingente. Durante la noche del domingo se dice que salieron de Valencia bastantes de sus partidarios, y los pueblos de Moncada, Paterna, Benimamet y otros de la huerta, peopolaron también sus escasas fuerzas, que se reunieron en la heredada llamada el Maset, cerca de Moncada.

A las tres entraron en Paterna unos 250 hombres armados, y despues de una hora de descanso marcharon, segun decian, hacia el Mas del Rey.

Con dirección al llano de Cuarte se vieron caminar unos 100 hombres, y todo hace creer por las noticias recibidas, que los carlistas salidos de Valencia y de los pueblos de su huerta aquella noche, se dividirían en grupos, tomando distinta dirección, y aun habrá muchos de ellos, que como en otras ocasiones, despues de una larga caminata, regresan á sus casas fatigados y satisfechos de su corta campaña.

El 21, el brigadier Arrando llegó á Gaibiel á la una de la tarde, sabiendo allí que los carlistas estaban descansando en la Vall de Almonacid y Algimia. Descansó breve rato la tropa, que estaba en ayunas, y á las dos y media salió ya para Algimia, en cuyo punto pernoctó. Al saber los carlistas que la tropa salía de Gaibiel, marcharon de Algimia y la Vall, yendo á pernoctar entre Ouda y Ribesaltes, amenazando nuevamente á Castellon, Villarreal y Burriana.

Llevaba la facción bastante ventaja, de modo que hubo de forzarse la marcha (día 23), saliendo á las cuatro de la madrugada y llegando á las ocho de la noche á la capital de la provincia, donde era grande la alarma que reinaba, y el júbilo que causó el arribo de las tropas.

Los carlistas, que vieron frustrado este nuevo golpe, marcharon hacia Gabanes.

Estas son las operaciones de la columna Arrando en la última semana. Si no pudo salvar de un formidable ataque á la liberal Segorbe, ha tenido continuamente en jaque á las facciones, y por dos veces las ha ahuyentado de Castellon.

CARTAGENA.—La situación de Cartagena es hoy la misma que era ayer. Algun periódico ha dicho que los jefes de los sublevados celebraron una reunion para discutir si debían entregarse ó resistir al ejército sitiador, acordándose lo segundo por dos votos de mayoría, entre estos el del general Contreras.

El ataque á la plaza no se cree que pueda empezar hasta hoy ó mañana. Los obreros están construyendo una esplanada en el campamento de la Palma desde donde se hará fuego sobre la población. En la actualidad la artillería está en la Palma á la defensiva. Por si los insurrectos intentaran una salida se han construido las trincheras para resistir.

Los proyectiles que disparan desde los fuertes de Cartagena son bombas y granadas de presión sin espoleta en forma de cono, y como para estallar es preciso que el fulminante choque con un cuerpo duro y el suelo es de arena, se enterran en él sin resultado.

Se entera dice que el general Martinez Campos ha hecho ya algunas evoluciones en San Anton, barrio extramuros de Cartagena, logrando intimidar á los rebeldes que huyeron inmediatamente á la población.

Antoñete Galvez se ha acercado también al campamento de la Palma y ha hecho que se vigilen con gran cuidado las cercanías del campamento.

La tropa hace expediciones nocturnas por aquellos contornos, con objeto de evitar que entren víveres en la plaza. A consecuencia de ellas, y en peligro de caer en poder de la tropa, se han retirado de Santa Lucia los voluntarios valencianos que cubrían aquel punto al mando de Tomasete. Continuaba también, segun las últimas noticias, el desaliento en los insurrectos, que recibieron el sábado por la noche un comisionado de Madrid con pliegos que aumentaron su decaimiento, si bien parece que Contreras recibió una carta de familia animándole con la esperanza de que caeria el Gobierno y triunfarían los intransigentes.

El corresponsal del Daily-News, Mr. March, ha tenido que valerse de un medio ingenioso para penetrar en Cartagena. Habiéndole negado la entrada por una de las puertas, Mr. March se acercó á otra, y en ella comenzó á hacer toda clase de preguntas al centinela, hasta lograr ser tenido por sospechoso, y en su consecuencia conducido á presencia del general Contreras y del presidente del Comité, Gutierrez, que le trataron con gran consideración.

Despues de desmentir El Canton Murciano que el ex general Ferrer haya abandonado á Cartagena, donde permanece en su puesto de peligro y permanecerá mientras haya allí un solo republicano, dice lo siguiente sobre la situación de uno de los buques de los insurrectos:

«La fragata acorazada de la marina federal, Mendez Nuñez, enmendó ayer su posición frente á la embocadura del puerto, á fin de poder dirigir mejor los tiros de su potente artillería contra cualquier buque del Gobierno central que viniese de Poniente.»

El comandante de esta fragata, ciudadano José Calvo y Carles, presentó á este objeto un plano á la junta de guerra, en el que probaba que dada la posición que los buques extranjeros ocupan frente á la rada de Escobreras, si algun buque enemigo asomaba le era imposible disparar sin exponerse á dar en aquellos: plano que fué aprobado, yendo por consecuencia áyer la Mendez á situarse en el punto denominado Rompeolas, desde donde enfila sin ningun riesgo la embocadura del puerto por la vuelta de Poniente.»

Ayer se decía que los buques extranjeros habian abandonado las aguas de Cartagena, habiendo salido inmediatamente los que tienen los insurrectos al encuentro de la escuadra que manda el contralmirante Sr. Lobo, pero esta noticia necesita confirmación. Lo que parece positivo es que la escuadrilla que estaba en Santa Pola, ha salido para el S. O. Se cree que vaya á Gibraltar para entregarse allí el Sr. Lobo de las fragatas Almansa y Vitoria. Estas, con referencia á cartas de Cartagena, se sabe que se encuentran en muy buen estado, habiendo sido pintadas por dentro y por fuera por los ingleses.

Los guardias civiles prisioneros en aquella plaza se encuentran animados de buen espíritu, aunque afectados por las declaraciones de los oficiales rebeldes, que se prometen el que los serán devueltos sus empleos.

UN OBISPO CARLISTA.—El señor obispo de Urgel ha dirigido á nuestro colega La Esperanza la siguiente carta:

FRONTERA DE ESPAÑA 17 de Agosto. Señor director de La Esperanza.

Mi querido amigo: A mi regreso de nuestra romería á Loders con los curas y fieles del Alto Arjé, vino á encontrarme un comisionado con una carta de S. M. el rey nuestro señor (q. D. g.), diciéndome que me trasladase á su cuartel real para comunicarme asuntos de la mayor importancia y muy urgentes.

Ya antes de salir yo de la villa de Andorra, conocia bien lo expuesta que estaba allí mi vida por la proximidad á la Seo de Urgel (distancia cuatro leguas), á pesar de la buena voluntad de los andorranos, ménos unos pocos. Allí no hay soldados ni agentes de policía, y la noche que los cipayos de Urgel hubiesen querido asesinarme ó llevarme preso, podian hacerlo sin que nadie lo hubiese advertido, y cuando alguien hubiera advertido lo que pasase, nadie habria podido impedirlo. Francia hubiera reclamado, pero sus reclamaciones no me habrían resucitado.

Por consiguiente, obligado por la revolución á dejar la diócesis que Dios me habia confiado, no tiene derecho alguno de quejarse, si, llamándome á su lado el rey legítimo de España,